POSITIVISMO

Historia del Pensamiento Científico y Filosófico

Giovanni Reale y Dario Antiseri

1. LAS LÍNEAS MAESTRAS DEL POSITIVISMO

El positivismo es una corriente compleja de pensamiento que dominó gran parte de la cultura europea en sus manifestaciones filosóficas, políticas, pedagógicas, historiográficas y literarias (entre estas últimas se cuentan, por ejemplo, el verismo y el naturalismo), en un período que cubre aproximadamente desde 1840 hasta llegar casi al inicio de la primera guerra mundial. Una vez superada la tempestad de 1848 -si exceptuamos el enfrentamiento de Crimea en 1854 y la guerra franco-prusiana de 1870- la época positivista fue una era básicamente pacífica en Europa. Al mismo tiempo, constituyó la época de la expansión colonial europea en África y en Asia. En el seno de este marco político culmina en Europa la transformación industrial, lo cual posee enormes consecuencias para la vida social: la utilización de los descubrimientos científicos transforma todo el sistema de producción; se multiplican las grandes ciudades; crece de modo impresionante la red de intercambios comerciales; se rompe el antiguo equilibrio entre ciudades y zonas rurales; aumentan la producción y la riqueza; la medicina vence las enfermedades infecciosas, antiguo y angustioso flagelo de la humanidad. En pocas palabras, la revolución industrial cambia radicalmente la forma de vivir. La idea de un progreso humano y social imposible de detener galvaniza el entusiasmo general: de ahora en adelante dispondríamos de los instrumentos capaces de solucionar todos los problemas. Estos instrumentos consistían -en opinión de muchos- sobre todo en la ciencia y en sus aplicaciones a la industria, y luego en el mercado libre y en la educación.

Además, en lo que concierne la ciencia, durante el período que transcurre entre 1830 y 1890, mantiene con frecuencia unos vínculos

muy estrechos con el desarrollo de la industria, vinculación que posee un carácter bilateral, lo cual permite avances muy significativos en sus sectores más importantes. En matemáticas se dan las aportaciones de Cauchy, Weierstrass, Dedekind y Cantor, entre otros. En geometría, las de Riemann, Bolyai, Lobachevski y Klein. La física se enorgullece de los resultados de las investigaciones de Faraday sobre la electricidad y de Maxwell y Hertz sobre el electromagnetismo; también en la ciencia física se producen los trabajos fundamentales de Mayer, Helmholtz, Joule, Clausius y Thomson sobre termodinámica. Berzelius, Mendeléiev, von Liebig, entre otros hacen que crezca el saber químico. Koch, Pasteur y sus discípulos desarrollan la microbiología y obtienen éxitos resonantes. Bernard edifica la fisiología y la medicina experimental. Es la época de la teoría evolucionista de Darwin, la torre Eiffel de París y la apertura del canal de Suez simbolizan los adelantos tecnológicos.

Una estabilidad política básica, el proceso de industrialización y los avances de la ciencia y de la tecnología constituyen los pilares del medio ambiente sociocultural que el positivismo interpreta, exalta y favorece. Sin ninguna duda, no tardarán en hacerse sentir los grandes males de la sociedad industrial (los desequilibrios sociales, las luchas por la conquista de los mercados, la condición miserable del proletariado, la explotación laboral de los menores de edad, etc.). El marxismo diagnostica estos males de un modo distinto a como lo hacen los positivistas. Éstos no ignoran dichos males, pero pensaban que pronto desaparecerían, como fenómenos transitorios que serían eliminados por el aumento del saber, de la instrucción popular y de la riqueza.

Los representantes más significativos del positivismo son Auguste Comte (1798-1857) en Francia; John Stuart Mill (1806-1873) Y Herbert Spencer (1820-1903) en Inglaterra; Jakob Moleschott (1822-1893) y Ernst Haeckel (1834-1919) en Alemania; Roberto Ardigó (1828-1920) en Italia.

Por lo tanto, el positivismo se integra en tradiciones culturales diferentes: en Francia se inserta en el interior del racionalismo que va desde Descartes hasta la ilustración; en Inglaterra, se desarrolla sobre la tradición empirista y utilitaria, y se relaciona a continuación con la teoría darvinista de la evolución; en Alemania asume la forma de un rígido científicismo y de un monismo materialista; en Italia, con Ardigó, sus raíces se remontan al naturalismo renacentista, aunque sus frutos más notables -debido a la situación social de la nación ya unificada- los brinda en el ámbito de la pedagogía y de la antropología criminal. En cualquier caso, a pesar de tal diversidad, en el positivismo existen unos rasgos fundamentales de carácter común, que permiten calificado como corriente unitaria de pensamiento:

1) A diferencia del idealismo, en el positivismo se reivindica el primado de la ciencia: sólo conocemos aquello que nos permite conocer las ciencias, y el único método de conocimiento es el propio de las ciencias naturales.

2) El método de las ciencias naturales (descubrimiento de las leyes causales y el control que éstas ejercen sobre los hechos) no sólo se aplica al estudio de la naturaleza sino también al estudio de la sociedad.

3) Por esto la sociología -entendida como la ciencia de aquellos «hechos naturales» constituidos por las relaciones humanas y sociales- es un resultado característico del programa filosófico positivista.

4) En el positivismo no sólo se da la afirmación de la unidad del método científico y de la primacía de dicho método como instrumento cognoscitivo, sino que se exalta la ciencia en cuanto único medio en condiciones de solucionar en el transcurso del tiempo todos los problemas humanos y sociales que hasta entonces habían atormentado a la humanidad.

5) Por consiguiente, la época del positivismo se caracteriza por un optimismo general, que surge de la certidumbre en un progreso imparables (concebido en ocasiones como resultado del ingenio y del trabajo humano y en otros casos como algo necesario y automático) que avanza hacia condiciones de bienestar generalizado, en una sociedad pacífica y penetrada de solidaridad entre los hombres.

6) El hecho de que la ciencia sea propuesta por los positivistas como único fundamento sólido de la vida de los individuos y de la vida en común; el que se la considere como garantía absoluta del destino de progreso de la humanidad; el que el positivismo se pronuncie a favor de la divinidad del hecho: todo esto indujo a algunos especialistas a interpretar el positivismo como parte integrante de la mentalidad romántica. En el caso del positivismo, sin embargo, sería la ciencia la que resultaría elevada a la categoría de infinito. El positivismo de Comte, por ejemplo -afirma Kolakowski-, «implica una construcción de filosofía de la historia omnicompreensiva, que culmina en una visión mesiánica».

7) Tal interpretación no ha impedido sin embargo que otros exegetas (por ejemplo, Geymonat) descubran en el positivismo determinados temas fundamentales que proceden de la tradición ilustrada, como es el caso de la tendencia a considerar que los hechos empíricos son la única base del verdadero conocimiento, la fe en la racionalidad científica como solucionadora de los problemas de la humanidad, o

incluso la concepción laica de la cultura, entendida como construcción puramente humana, sin ninguna dependencia de teorías y supuestos teológicos.

8) Siempre en líneas generales el positivismo (John Stuart Mill constituye una excepción en este aspecto) se caracteriza por una confianza acrítica y a menudo expeditiva y superficial en la estabilidad y en el crecimiento sin obstáculos de la ciencia. Dicha confianza acrítica se transformó en un fenómeno consuetudinario.

9) La positividad de la ciencia lleva a que la mentalidad positivista combata las concepciones idealistas y espiritualistas de la realidad, concepciones que los positivistas acusaban de metafísicas, aunque ellos cayesen también en posturas metafísicas tan dogmáticas como aquellas que criticaban.

10) La confianza en la ciencia y en la racionalidad humana, en definitiva, los rasgos ilustrados del positivismo, indujeron a algunos marxistas a considerar que la acostumbrada interpretación marxista - según la cual el positivismo no es más que la ideología de la burguesía en la segunda mitad del siglo XIX- es insuficiente y, en cualquier caso, posee un carácter reductivo.

2. AUGUSTE COMTE y EL POSITIVISMO EN FRANCIA

2.1. *La ley de los tres estadios*

Auguste Comte (1798-1857) fue el iniciador del positivismo francés, el padre oficial de la sociología y, desde ciertos puntos de vista, el representante más cualificado del pensamiento positivista. Nació en Montpellier en una familia modesta, eminentemente católica y monárquica. Fue discípulo y secretario (y luego, antagonista declarado)

de Saint-Simon. Estudió en la famosa École Polytechnique (y aquí .no podemos olvidar la función de modelo que ejercía la Ecole Polytechnique: esta nació como fábrica de armas para el ejército de la revolución y luego se transformó con el objeto de preparar a los ingenieros y a los técnicos especializados que necesitaba cada vez más la industria francesa en desarrollo). Estaba versado en matemática, y durante los años de su formación Comte leyó a los empiristas ingleses, a Diderot, d' Alembert, Turgot y Condorcet si bien más adelante «por higiene mental» leerá lo menos posible.

«Después de cumplir los catorce años, experimenté la necesidad fundamental de una regeneración universal, política y filosófica al mismo tiempo bajo el impulso activo de la saludable crisis revolucionaria cuya fase principal había precedido a mi nacimiento. La luminosa influencia de una iniciación matemática que tuvo lugar en familia, felizmente desarrollada en la Ecole Polytechnique, me hizo sentir instintivamente la única vía intelectual que podía conducir en realidad a dicha gran renovación.» Comte escribe el párrafo anterior para referirse a su itinerario intelectual y moral. Y añade que fue en 1822 cuando puso en claro su programa filosófico «bajo la inspiración constante de mi gran ley relativa al conjunto de la evolución humana, individual y colectiva»: la ley de los tres estadios.

La lectura de este pasaje demuestra lo acertado de la observación formulada por Leszek Kolakowski, según la cual «toda la doctrina de Comte y, en especial, su doctrina científica únicamente resultan comprensibles como parte de sus proyectos de reforma universal, que no sólo abarcan la ciencia sino los demás sectores de la vida humana». De manera muy justificada, Comte menciona en el texto que se acaba

de citar su gran ley. Se trata de la ley de los tres estadios, según la cual la humanidad, al igual que el alma de los individuos humanos, atraviesa tres estadios: el teológico, el metafísico y el positivo.

Estudiando el desarrollo de la inteligencia humana [...] desde sus primeras manifestaciones hasta hoy -dice Comte en su *Curso de filosofía positiva* (1830-1842)- creo haber descubierto una gran ley básica, a la que se halla sometida la inteligencia con una necesidad imposible de variar, y que me parece que se puede establecer con solidez, gracias a las pruebas racionales que nos suministra el conocimiento de nosotros mismos y a la verificación histórica que se puede llevar a cabo mediante un atento examen del pasado. Esta ley consiste en lo siguiente: cada una de nuestras principales concepciones, cada rama de nuestros conocimientos pasa necesariamente por tres estados teóricos diferentes: el estado teológico, o ficticio; el estado metafísico, o abstracto; el estado científico, o positivo [...]. De aquí proceden tres tipos de filosofías, o de sistemas conceptuales generales, acerca del conjunto de los fenómenos, que se excluyen recíprocamente. El primero es un punto de partida necesario para la inteligencia humana; el tercero es su estado fijo y definitivo; el segundo se halla destinado únicamente a servir como etapa de transición.

En el estadio teológico los fenómenos son vistos como «productos de la acción directa y continua de agentes sobrenaturales, más o menos numerosos»; en el estadio metafísico, las esencias, las ideas o las fuerzas abstractas, son las que explican los fenómenos (los cuerpos se unirían gracias a la simpatía; las plantas crecerían con motivo de la presencia del alma vegetativa; el opio -como ironizaba Moliere-

adormece porque posee la virtud «dormidera»). Únicamente «en el estadio positivo, el espíritu humano, admitiendo la imposibilidad de conseguir conocimientos absolutos renuncia a interrogarse sobre cuál es el origen y el destino del universo cuáles son las causas íntimas de los fenómenos, Y sólo busca descubrir, mediante el uso bien concertado del razonamiento y de la observación, sus leyes efectivas, es decir, sus invariables relaciones de sucesión y semejanza».

Ésta es la ley de los tres estadios, concepto clave de la filosofía de Comte. Dicha ley hallaría su confirmación en la evolución vital de los individuos (todos los hombres son teólogos en su infancia, metafísicos en su juventud y físicos en su edad adulta) y en la historia de la humanidad.

Aun sin conocer a Vico o a Hegel, Comte elabora con su ley de los tres estadios una grandiosa filosofía de la historia, que se nos presenta como una imagen gráfica de toda evolución de la humanidad.

2.2. La doctrina de la ciencia

En la actualidad nos encontramos, por lo tanto, en el estadio positivo. Nadie emplea ya los métodos teológicos y metafísicos, excepto -observa amargamente Comte en el *Curso de filosofía positiva*- en el terreno de los fenómenos sociales, «aunque todos los espíritus un poco evolucionados hayan experimentado plenamente su insuficiencia al respecto». Comte pone de relieve que esto constituye «la gran -y única;- laguna que hay que llenar para que se configure la filosofía positiva». Esta debe someter la sociedad a una indagación científica rigurosa, ya que únicamente una sociología científica podrá «ser considerada como base sólida para la reorganización social, que debe

acabar con el estado de crisis que aqueja desde hace largo tiempo a las naciones más civilizadas».

Las crisis sociales y políticas no se pueden resolver sin un conocimiento adecuado de los hechos sociales y políticos. Por tal razón, Comte piensa que el desarrollo de una física social-esto es, de la sociología científica- es una tarea extremadamente urgente. Antes que nada, ¿en qué consiste la ciencia para Comte? En su opinión, el objetivo de la ciencia reside en la búsqueda de leyes, porque «sólo el conocimiento de las leyes de los fenómenos -cuyo resultado constante nos permite preverlos- puede evidentemente conducirnos en la vida activa a modificarlos en beneficio nuestro».

La ley es necesaria para efectuar previsiones, y a su vez éstas son necesarias para la acción del hombre sobre la naturaleza. «En definitiva, afirma Comte, ciencia, y por lo tanto previsión; previsión, y por lo tanto acción: tal es la fórmula que expresa con exactitud la relación general que existe entre ciencia y arte, tomando estos dos términos en su acepción más amplia.»

Siguiendo las huellas de Bacon y de Descartes, Comte piensa que la ciencia es la que suministrará al hombre un dominio sobre la naturaleza. Sin embargo, no comparte en absoluto la opinión según la cual la ciencia estaría, esencialmente y por su propia naturaleza, dirigida a los problemas prácticos. Comte se muestra muy claro acerca de la naturaleza teórica de los conocimientos científicos, que hay que distinguir con toda nitidez de los que son técnico-prácticos. A este propósito, Comte cita una consideración de Condorcet: «El marinero que no naufraga gracias a una exacta medición de la longitud le debe la

vida a una teoría concebida hace dos mil años, por hombres geniales que se proponía unas sencillas especulaciones geométricas.» Comte tampoco es un empirista de viejo cuño, que sólo se preocupe por los datos de hecho y que excluya las teorías: «Hemos reconocido que la verdadera ciencia [...] consta esencialmente de leyes; no de hechos, aunque éstos resulten indispensables para establecerlas y promulgarlas.» La mera erudición consiste en hechos sin leyes; en cambio la verdadera ciencia está constituida por leyes controladas que se refiere a los hechos. Dicho control a través de hechos sirve para excluir de la ciencia toda investigación relativa a las esencias y a las últimas causas metafísicas.

Las ideas de Comte sobre la doctrina de la ciencia han ejercido influencia sobre el pensamiento posterior debido a su claridad y a su validez.

Sin embargo, en algunos pasajes del *Curso de filosofía positiva*, y sobre todo después en el *Sistema de política positiva* (1851-1854), Comte propone una imagen muy rígida, casi absolutizada, de la ciencia: condena las investigaciones especializadas e incluso las de carácter experimental, el uso excesivo del cálculo, y condena también toda investigación científica cuya utilidad no sea evidente. Por esto, en su opinión, no hay que confiar la ciencia a los científicos, sino a los «verdaderos filósofos», esto es, a aquellos que se encuentran «dignamente llamados al sacerdocio de la humanidad». El posterior desarrollo de la ciencia sirvió para desmentir estas nociones de Comte. Entre otras cosas, un conocimiento que hoy parezca inútil puede convertirse mañana en necesario. Sin embargo, dentro del sistema de

Comte, un saber estable y congelado sirve para que exista un orden social estabilizado.

2.3. *La sociología como física social*

Para llegar hasta el orden social, saliendo de una sociedad en crisis, es necesario saber. El conocimiento está constituido por leyes contrastadas mediante hechos. En consecuencia, si queremos solucionar la crisis de la sociedad, es preciso descubrir sus leyes. «Al abandonar también la filosofía política la razón de las metafísicas ideales para internarse en el ámbito de las realidades observables, a través de una subordinación sistemática, directa y continua, de la imaginación a la observación, obligadamente las concepciones políticas dejan de ser absolutas para convertirse en algo relativo al estado de la civilización humana, de manera que las teorías, que se encuentran en condiciones de seguir el curso natural de los hechos, permiten preverlos [...]. El espíritu fundamental de la política positiva puede resumirse en la previsibilidad racional del futuro desarrollo de la convivencia social.»

A través del razonamiento y la observación la sociología puede establecer las leyes de los fenómenos sociales, al igual que para la física. es posible establecer las leyes que rigen los fenómenos físicos. Comte divide la sociología, o física social, en estática social y dinámica social. La estática social estudia las condiciones de existencia que son comunes a todas las sociedades en todas las épocas. Tales condiciones son la sociabilidad fundamental del hombre, el núcleo familiar y la división del trabajo que se hace compatible con la cooperación entre los esfuerzos. La ley fundamental de la estática social es la conexión que existe entre los diversos aspectos de la vida

social: por ejemplo, una constitución política no es independiente de los factores económicos o culturales. Por su parte, la dinámica social consiste en el estudio de las leyes de desarrollo de la sociedad. Su ley fundamental es la de los tres estadios, y el progreso social se ajusta a dicha ley. Al estadio teológico corresponde una supremacía del poder militar (tal es el caso del feudalismo); al estadio metafísico corresponde la revolución (que comienza por la reforma protestante y acaba con la revolución francesa); al estadio positivo corresponde la sociedad industrial. No podemos transcribir aquí las vívidas e interesantes consideraciones de Comte sobre la «ilimitada libertad de conciencia», la esclavitud (la esclavitud que horroriza es «la de nuestras colonias, que constituye una auténtica monstruosidad política por su propia naturaleza, y la esclavitud organizada» en el interior de la industria de aquella época), la edad media, el catolicismo, la reforma, la educación, la mujer (el sexo femenino está «en una especie de continuo estado de infancia», aunque afirma que «quien se cansa de actuar y hasta de pensar, jamás se cansa de amar»), el divorcio (una «aberración»), la revolución francesa «esta crisis decisiva era indispensable», etc. De todas maneras, hay que subrayar algunos elementos decisivos de la sociología de Comte: 1) la estática social indaga acerca de las condiciones del orden; la dinámica estudia las leyes del progreso; 2) «el progreso humano, en su conjunto, siempre se ha llevado a cabo de acuerdo con etapas obligadas porque son necesarias desde un punto de vista natural; la historia de la humanidad es un desplegarse de la naturaleza humana»; 3) la evolución de la humanidad va desde el estadio teológico hasta el positivo, pero Comte no quita valor al pasado y a la tradición en nombre de una exaltación del porvenir. El pasado se halla grávido del futuro y «la humanidad está más compuesta de

mueritos que de vivos»; «los mueritos gobiernan siempre a los vivos»; 4) la física social es el supuesto necesario de una política racional.

Comte afirma que es desastroso que la política esté en manos de abogados y de literatos que no conocen para nada la manera de funcionar de la sociedad. Los fenómenos sociales, al igual que los naturales, sólo pueden modificarse con la condición de que conozcamos sus leyes. Comte, al igual que Bacon, sostiene: *Natura non nisi parendo vincitur*.

¿Por qué caminos podrán conocerse las leyes de la sociedad? En opinión de Comte, las vías para lograr el conocimiento sociológico son la observación, el experimento y el método comparativo. La observación de los hechos sociales es una observación directa y enmarcada en la teoría de los tres estadios. En sociología los experimentos no resultan tan simples como en física o en química, ya que no se pueden cambiar a capricho las sociedades. No obstante, tanto en biología como en sociología, los casos patológicos, que alteran la normal conexión de los acontecimientos, sustituyen en cierta forma al experimento. El método comparativo estudia las analogías y las diferencias entre las diversas sociedades en sus respectivas fases de desarrollo. Y el método histórico según Comte constituye «la única base fundamental sobre la que puede fundamentarse realmente el sistema de la lógica política».

2.5. La religión de la humanidad

En la última gran obra de Comte, el *Sistema de política positiva* (1851-1854), el propósito comtiano de regenerar la sociedad basándose en el conocimiento de las leyes sociales asume la forma de una religión en la que se substituye el amor a Dios por el amor a la humanidad. La

humanidad es un ser que trasciende a los individuos. Está compuesta por todos los individuos vivientes, por los fallecidos y por los que aún no han nacido. En su interior los individuos se reemplazan como las células de un organismo. Son el producto de la humanidad, a la que hay que venerar como en otros tiempos se veneraba a los dioses paganos.

Fascinado por el catolicismo, debido a su universalismo y a su capacidad de integrar la existencia humana en su totalidad, Comte sostiene que la religión de la humanidad debe constituir una copia exacta del sistema eclesiástico. Ya están dispuestos los dogmas de la nueva fe: la filosofía positiva y las leyes científicas. Para la difusión de estos nuevos dogmas es preciso que haya ritos, sacramentos, un calendario y un sacerdocio. Habrá un bautismo laico, una confirmación laica y una extremaunción laica. El ángel de la guarda positivo será la mujer (no debemos olvidar que Comte idealiza a la mujer amada: Clotilde de Vaux). Los meses recibirán nombres simbólicos -por ejemplo Prometeo- de la religión positiva, y los días de la semana estarán consagrados a cada una de las siete ciencias. Se edificarán templos laicos (institutos científicos). Habrá un papa positivo que ejercerá su autoridad sobre las autoridades positivas que se ocuparán del desarrollo de las industrias y de la utilización práctica de los descubrimientos. En la sociedad positiva los jóvenes estarán sometidos a los ancianos y estará prohibido el divorcio. La mujer se convierte en guardiana y fuente de la vida sentimental de la humanidad. La humanidad es el gran ser; el espacio, el gran medio ambiente, y la tierra, el gran ídolo: tal es la trinidad de la religión positiva.

La sociología, cuya construcción es tarea urgente de la filosofía política, está en el vértice de la jerarquía de las ciencias. Partiendo

desde su base matemática, las ciencias positivas están jerarquizadas según su grado de generalidad decreciente y complejidad creciente: astronomía física química, biología y sociología. Este esquema no abarca la teología, la metafísica y la moral. Las dos primeras no son ciencias positivas; la tercera queda integrada en la sociología. La psicología también se encuentra excluida de la lista y Comte la reduce en parte a la biología y en parte a la sociología. Tampoco figura la matemática, pero el primer volumen del *Curso de filosofía positiva* está dedicado en su totalidad a la matemática que «a partir de Descartes y de Newton, constituye la verdadera base fundamental de toda la filosofía natural», de todas las ciencias, en el sentido de que es «una ampliación inmensa y admirable de la lógica natural con respecto a determinado orden de deducciones».

Comte aspira a que el ordenamiento de las ciencias propuesto por él sea al mismo tiempo un orden lógico, histórico y pedagógico. El orden lógico corresponde al criterio de la simplicidad del objeto: en primer lugar están las ciencias que en su opinión poseen un objeto más simple; a continuación, se avanza hasta la sociología, que es la que tiene el objeto más complicado. El orden histórico se pone de manifiesto en el paso de las ciencias particulares hasta el estado positivo: con Copérnico, Kepler y Galileo, la astronomía abandonó la metafísica; la física llegó al estado positivo gracias a la obra de Huygens, Pascal, Papin y Newton; la química dejó su limbo metafísico debido a Lavoisier, y la biología, con Bichat y Blainville. Queda la sociología, la cual, en cuanto a la ciencia positiva, aún se encuentra en estado de proyecto, que Comte se esforzó por llevar a la práctica. El orden pedagógico se justifica porque habría que enseñar las ciencias en el mismo orden en que se ha producido su génesis histórica.

De acuerdo con la jerarquía de Comte las ciencias más complejas presuponen las menos complejas: la sociología presupone la biología, la cual presupone la química, y ésta, la física. Sin embargo, esto no significa que las ciencias superiores puedan reducirse a las inferiores. Cada una posee su propia autonomía, sus propias leyes autónomas. Por lo tanto, la sociología no puede quedar reducida a la biología o a la psicología.

La sociedad tiene una realidad natural y originaria: los hombres viven en sociedad porque esto forma parte de su naturaleza social. Son sociales desde el comienzo, y no hay ninguna necesidad de un contrato social para que se asocien, como sugería Rousseau.

Otro punto importante: Comte no menciona la filosofía en su clasificación de las ciencias. ¿Qué lugar ocupa la filosofía en el pensamiento de Comte? Para él, la filosofía no es el conjunto de todas las ciencias. La tarea de la filosofía consiste en «determinar con exactitud el espíritu de cada una de las ciencias, descubrir sus relaciones y conexiones, y resumir, si es posible, todos sus principios específicos en una cantidad mínima de principios comunes, siguiendo el método positivo». La filosofía se reduce así a la metodología de las ciencias; «es el único medio auténticamente racional de poner en evidencia las leyes lógicas del espíritu humano», sostiene Comte.

2.6. *Las razones de Comte*

Las críticas al pensamiento de Comte no tardaron en ponerse de manifiesto. No impidieron, sin embargo, que dicho pensamiento adquiriese una amplia difusión. Sus principales difusores, por ejemplo

Littré, eliminaron desde un principio toda alusión a la religión positiva. Por lo demás, no todo el pensamiento de Comte, sino únicamente algunas de sus partes influyeron de modo duradero sobre el pensamiento posterior. La noción de la importancia de la ciencia para el progreso de la humanidad, la crítica al pensamiento metafísico no comprobado, la idea de sociología como ciencia autónoma que no puede reducirse a las demás ciencias, la insistencia sobre la importancia de la tradición, el reconocimiento de la historicidad de los hechos humanos y de la misma ciencia, la toma de posición con respecto a la unicidad del método científico y al valor cognoscitivo (y no sólo práctico) de la ciencia: éstos son algunos de los temas comtianos que han ejercido un influjo duradero y positivo a lo largo de la historia del pensamiento.

Sin ninguna duda, la ley de los tres estadios es una metafísica de la historia que contradice de manera absoluta el método positivo. La clasificación de las ciencias, por su parte, suscita una inmediata perplejidad: las ideas de simplicidad y complejidad del objeto son algo que se relaciona con los criterios adoptados y no un atributo absoluto de dicho objeto. A menudo resultan falsas las Ideas de Comte acerca de cómo han evolucionado las ciencias: la biología, por ejemplo, no esperó al siglo XIX para nacer, porque los griegos ya la practicaban. En la actualidad son completamente anacrónicas la dogmatización de las teorías científicas y ciertas prescripciones comtianas sobre lo que deben hacer o no los científicos.

Los especialistas en el pensamiento de Comte han considerado que era ridículo el mimetismo manifestado por la religión de la humanidad con respecto al catolicismo. No obstante, algunos especialistas han

otorgado un cierto valor a esta parte de su filosofía. Tal es el caso de Raymond Aron, para quien «el gran ser que Auguste Comte nos invita a amar es aquello que los hombres han realizado con más perfección [...]. Si hay que amar algo en la humanidad, salvo unas personas determinadas, lo mejor sin duda es amar la humanidad esencial, cuya expresión y cuyo símbolo son los grandes hombres, y no dedicarse a amar con pasión un orden económico y social hasta el punto de querer la muerte de quienes no crean en esta doctrina de salvación [...]. Lo que Auguste Comte quiere que amemos no es la sociedad francesa de hoy, ni la sociedad rusa de mañana, ni la sociedad norteamericana de pasado mañana, sino la excelencia de que han sido capaces algunos hombres y hacia la cual deben elevarse otros hombres».

3. JOHN STUART MILL Y EL POSITIVISMO UTILITARISTA INGLÉS

3.1. *Los problemas de Malthus*

El utilitarismo de la primera mitad del siglo XIX es el movimiento filosófico que hereda las tesis y la actitud de los ilustrados, y que en el interior de la tradición filosófica empirista constituye la primera manifestación del positivismo social en Inglaterra. Los representantes más importantes del utilitarismo son Jeremiah Bentham, James Mill y su hijo John Stuart Mill. Bertrand Russell afirma: «La filosofía de Bentham y de su escuela procede en sus líneas principales de Locke, Hartley y Helvetius; su importancia es más política que filosófica, como jefes del radicalismo inglés y como hombres que sin proponérselo prepararon el camino a las doctrinas socialistas.» Entre los representantes del utilitarismo se suele citar también a dos grandes teóricos de la economía clásica: A. Smith y D. Ricardo. Al trazar el cuadro de las ideas

económicas y sociales de la Inglaterra de la primera mitad del siglo XIX, tampoco podemos omitir el nombre de Robert Owen, y en especial el de Malthus.

Thomas Robert Malthus (1766-1834) publicó anónimamente en 1798 su célebre *Ensayo sobre la población*. Malthus parte de dos postulados innegables: «1) el alimento es necesario para la vida del hombre; 2) la atracción entre los dos sexos es indispensable y se mantendrá siempre aproximadamente tal como es en la actualidad. Con base en estos dos postulados afirma que «el poder de crecimiento de la población es infinitamente más elevado que el poder de la tierra para producir los medios de subsistencia necesarios para el hombre: en efecto, si no se frena la población, ésta aumenta en progresión geométrica, mientras que los recursos aumentan en progresión aritmética». Si hubiesen encontrado suficiente alimento y espacio para expandirse, las especies animales y vegetales ya habrían llenado completamente la tierra. Sin embargo, la escasez (*necessity*) -«esta imperiosa ley de la naturaleza que domina todo lo creado»- las restringe dentro de límites muy definidos. Los animales y las plantas se ven empujados dentro de tales límites por obra de la dispersión de las semillas, las enfermedades, la muerte precoz; los hombres, a su vez, por la miseria y el vicio «amargos ingredientes que se hallan en el cáliz de la vida humana». Para Malthus, el control represivo que la miseria y el vicio ejercen sobre la población, debe ser reemplazado por un control preventivo que impida un excesivo aumento de la población mediante el «freno moral»: «la abstención del matrimonio por motivos de prudencia y con una conducta estrictamente moral durante el período de dicha abstinencia.» Hoy en día la solución propuesta por Malthus no es la más apreciada ni la más válida. Sin embargo, es cierto que los

problemas de las relaciones entre población, recursos naturales y ambiente centran la atención mundial, y quizá se han agudizado debido a la ausencia de una fuente de energía limpia, suficiente y barata.

3.2. *La economía clásica: Adam Smith y David Ricardo*

David Ricardo (1772-1823) fue autor de la obra *Principios de economía política y de tributación* (1817). Ricardo junto con Adam Smith (1723-1790) fue el representante más prestigioso de la economía política clásica. Smith en la *Investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones* (1776) había sostenido que: 1) únicamente el trabajo manual es productivo, ya que crea bienes materiales que poseen un valor objetivo intercambiable; 2) los científicos, los políticos, los gobernantes, los profesores, en definitiva, todos los productores de bienes inmateriales, *quae tangere non possumus*, sólo colaboran indirectamente en la formación de la riqueza nacional, por lo cual la riqueza de una nación será tanto más grande cuanto menor sea el mundo de los ociosos; 3) se alcanza la cumbre de la sabiduría cuando el Estado, dejando libre a cada individuo para que consiga el máximo bienestar personal, asegure automáticamente el máximo bienestar a todos los individuos. Ésta es la esencia del libre cambio de Smith: «El estudio de su beneficio personal conduce a que cada individuo prefiera también la ocupación que resulta más provechosa para la colectividad. Su intención no es contribuir al interés general; él sólo mira su propio interés y, en este caso, al igual que en muchos otros, se ve conducido por una mano invisible hacia la realización de un objetivo ajeno a sus intenciones.» En resumen, existe un armonía natural, un orden natural, en el sentido de que la consecuencia no intencionada del egoísmo de cada uno es el bienestar de todos; en efecto, cuando existe una posibilidad de lucro, los hombres

de empresa se apresuran a sacarle provecho, produciendo los bienes que pide el mercado. Sólo unos pocos ganarán mucho, pero los demás se apresurarán a producir los mismos bienes, y al aumentar así la oferta, los precios se igualarán con los costos.

La perspectiva de Ricardo es menos optimista que la de Smith. También él sostiene que el valor de un bien es igual al trabajo que se utiliza para producirlo, aunque haya que tener en cuenta en la determinación del valor del producto el costo de los instrumentos utilizados. Las mercancías tienen el valor del trabajo necesario para producirlas, mientras que el valor del trabajo es la suma del valor de los bienes necesarios para producirlo y reproducirlo. Teorizador del librecambio en el interior de las naciones y entre nación y nación, Ricardo admitía que el mejor precio de las mercancías era el que se establecía en un mercado libre, mediante el juego de la oferta y de la demanda, pero se niega a considerar que el mejor salario es el que se determina mediante la misma técnica. El valor de una mercancía se fija a través del trabajo necesario para producirla. Sin embargo Ricardo señala que la ecuación $V = T$ no se aplica en el caso del trabajador, que no siempre queda en posesión del valor de lo que produce. Llegamos así al problema de la renta inmobiliaria (la renta que percibe el propietario por el mero hecho de ser propietario de un terreno). La renta inmobiliaria sería nula si existiese una infinita disponibilidad de terreno. Sin embargo, el aumento de la población obliga a hacer que se cultiven no sólo los mejores terrenos, sino también aquellos menos prósperos y más alejados del mercado. Esto obliga a que, para obtener frutos de estos terrenos menos aptos para la agricultura, haya que trabajar más. Por consiguiente, esto aumentará en el mercado el precio de los

productos agrícolas en conjunto, ya que los precios de los terrenos fértiles se elevarán hasta el de los productos procedentes del terreno menos fértil. Así aumentarán los beneficios obtenidos en los terrenos fértiles y próximos al mercado, e irán a parar en forma de renta a los bolsillos del propietario del terreno fértil. Por eso quien trabaja no percibe el valor de su trabajo, el que no trabaja percibe cada vez más y los precios aumentan. Por todas estas causas la renta es antisocial, en opinión de Ricardo. Sin embargo, no por esto aumentarán los precios de las mercancías manufacturadas, «para cuya producción no se requiere ninguna cantidad adicional de trabajo», como escribe Ricardo en los *Principios*. Él está convencido de que «si aumentan los salarios [...], entonces el lucro tendrá necesariamente que disminuir». Esto constituye otra grieta en el imponente edificio del orden natural mencionado por Adam Smith. La crítica actual contempla con mucho respeto la obra científica de Ricardo. Marx habrá de enfrentarse con muchos de los temas y problemas planteados y debatidos por Ricardo.

3.3. Robert Owen: desde el utilitarismo al socialismo utópico

Roberto Owen (1771-1858), ingeniero, industrial y filántropo, fue en un principio partidario del malthusianismo, para acabar más tarde en una forma de socialismo utópico. Ejemplo de «hombre hecho a sí mismo», Owen fiel a la cultura progresista inglesa de la época, confiaba en la posibilidad de cambiar a los hombres a través de un cambio que mejorase las condiciones de vida y mediante la educación. Cuando aún no había cumplido los treinta años, ya era copropietario y director de una industria textil en Escocia. Trevelyan, en su *Historia de Inglaterra durante el siglo XIX*, narra lo siguiente: «En quince años, entre 1800 y 1815, convirtió su hilatura en un modelo de previsión humana e

inteligente, para las mentes y para los cuerpos, con un horario moderado, buenos salarios, condiciones de salubridad tanto en la fábrica como en la población aneja, y adecuada atención escolar, que incluía el primer asilo infantil de la isla; como resultado, los obreros estaban llenos de entusiasmo.» Owen estaba convencido de que al haber cambiado el medio ambiente, había cambiado el carácter de sus obreros. Y que al mismo tiempo había logrado también la fortuna de su fábrica.

Trató de persuadir a otros empresarios para que hiciesen lo mismo, pero fracasó. Entonces intentó convencer al Parlamento para que promulgase medidas en favor de los obreros, por ejemplo, la abolición del trabajo de los menores de edad, la reducción de la jornada de trabajo a diez horas y media, etc. También fracasó en esto. Dedicó la segunda mitad de su vida a promover el movimiento cooperativo. También impulsó las uniones de trabajadores. En sus últimos años propugnó un socialismo que en el utopismo de sus formas se asemeja al de Saint-Simon, Fourier y Proudhon. Persuadido de que la aparición de la «maquinaria muerta» perjudicaba a la «maquinaria viva» al entrar en competencia con ésta, creó cooperativas en la que los terrenos se cultivaban con pico y pala y en las que estaba vigente la comunidad de bienes. Tales formas de socialismo no convencieron a los economistas ni a los filósofos, y mucho menos aún a los empresarios, pero a pesar de ello el pensamiento de Owen tuvo una amplia difusión. Los utilitaristas estuvieron mucho más de acuerdo con Owen en lo que se refiere a su noción de «inmoralidad», que había que curar como si fuese una enfermedad, mediante una modificación de las circunstancias. Vinculada con esta última noción se halla también la

idea de que todas las religiones son perjudiciales para el género humano.

3.4. *El utilitarismo de Jeremiah Bentham*

Jeremiah Bentham (1748-1832) fue el fundador del utilitarismo, cuyo principio fundamental (presente en la ilustración y que Hutcheson y Beccaria ya habían formulado) afirma: «la máxima felicidad posible para el mayor número posible de personas». Filántropo y político, Bentham defendió, siguiendo las huellas del empirismo inglés, la asociación entre las ideas y el lenguaje, y entre ideas e ideas. Su máximo interés recayó en la jurisprudencia, y en dicho campo reconocía a Helvetius y a Beccaria como sus principales predecesores. Más tarde, sus intereses pasaron desde la teoría jurídica hacia otros más elevadamente éticos y políticos. Una importante idea de Bentham es que las leyes no se promulgan de una vez para siempre sino que son modificables y perfectibles. Por consiguiente, es preciso esforzarse de manera continuada por conseguir una legislación que promueva «la máxima felicidad para la mayor cantidad posible de personas».

Bentham sostenía que en el ámbito de la moral los únicos hechos realmente importantes son el placer y el dolor. Conseguir placer y evitar el dolor: éstos son los únicos motivos de la acción. En la *Introducción a los principios de la moral y de la legislación* Bentham escribe: «La naturaleza humana colocó al hombre bajo el imperio del placer y del dolor; placer y dolor son las fuentes de nuestras ideas, el origen de nuestros juicios y de nuestras determinaciones.» Valorar, es decir, manifestar aprobación o desaprobación ante un acto, significa pronunciarse sobre su capacidad para generar dolor o placer. El juicio

moral se convierte en un juicio acerca de la felicidad: el placer (la felicidad) es bueno, y el dolor es malo.

Tal es la moral utilitarista. Todos los individuos persiguen siempre lo que consideran como su felicidad, aquel estado de cosas en el que se da la mayor felicidad y el mínimo dolor. La moral se reduce así a una especie de hedonismo calculado, que valora con atención las características del placer: duración, intensidad, certeza, proximidad, capacidad de producir otros placeres y ausencia de consecuencias dolorosas. Es sabio el que sabe renunciar a un placer inmediato para obtener un bien futuro cuyo balance sea más favorable. Por otra parte, es de veras importante que no se cometan errores en la valoración de las consecuencias placenteras o perjudiciales de una acción. Es preciso lograr una especie de aritmética moral que nos permita llevar a cabo los cálculos adecuados.

Cada uno de los hombres busca su propia felicidad. El legislador tiene la función de armonizar los intereses privados con los intereses públicos.

Que yo no robe es algo que favorece el interés público, aunque robar pueda constituir un interés mío particular, a condición de que no exista una ley penal segura y eficaz. La ley penal, por lo tanto, es un método que sirve para hacer coincidir los intereses del individuo con los intereses de la comunidad. Esto es lo que la justifica. La ley penal castiga para prevenir el delito y no porque odiamos al criminal. Bentham afirmó que era más importante la seguridad del castigo, que no su severidad. Luchó por la abolición de la pena de muerte, excepto para

delitos muy graves; y al final de su vida tuvo la satisfacción de ver cómo se mitigaba la ley penal inglesa.

En cambio, por lo que respecta a la ley civil, Bentham piensa que debería tener cuatro objetivos: la subsistencia, la abundancia, la seguridad y la igualdad. (En esta lista falta la libertad.) Su amor por la igualdad le llevó a defender la división de la propiedad en partes iguales y por esto se opuso a la libertad de testar. También se reveló contrario a la monarquía y a la aristocracia hereditaria, propugnando una sociedad democrática en la que las mujeres tuviesen derecho al voto. Negándose a aceptar ninguna creencia que no tuviese bases racionales, rechazó la religión. Enemigo del Imperialismo, juzgó que las colonias eran una auténtica locura.

Bentham escribió mucho (aunque nunca se preocupó de publicar sus obras). Entre sus escritos cabe recordar *Introducción a los principios de la moral y de la legislación* (1789); *Tabla de los móviles de la acción* (1817); *Deontología o ciencia de la moralidad* (publicada en 1834, con carácter póstumo). Difusor y apóstol de las ideas utilitaristas, Bentham tuvo la satisfacción de ver en sus últimos años de existencia un órgano al servicio de la propagación de las concepciones utilitaristas: la «Westminster Review».

Utilitarista y hedonista en el terreno moral, Bentham es en política un librecambista reformador, que se opone al conservadurismo como a los furores de la revolución francesa. Mostró un gran desprecio por los llamados derechos naturales y por los derechos del ciudadano. Los derechos del hombre -decía- constituyen evidentes necedades; los imprescriptibles derechos del hombre son necedades y simples

trampas. Afirma: «Estos derechos naturales, inalterables y sagrados, jamás han existido: más que regir al poder ejecutivo, tienden a desorientarlo, y los ciudadanos, al reivindicarlos, no hacen sino reivindicar la anarquía.» Bertrand Russell nos dice que, cuando los revolucionarios franceses elaboraron su *Déclaration des droits de l'homme*, Bentham la calificó de «obra metafísica, el *non plus ultra* de la metafísica». Según Bentham, sus artículos podían dividirse en tres clases: 1) los ininteligibles, 2) los falsos y 3) los que son a la vez ininteligibles y falsos. En conclusión, Bentham defendía un reformismo laico radical. Es innecesario decir que las concepciones de Bentham provocaron muchas discusiones. Tampoco se ha de olvidar que Alessandro Manzoni (1785-1873) escribió (como un apéndice a las *Observaciones sobre la moral católica*) un ensayo titulado *Del sistema que fundamenta la moral sobre la utilidad*, en el que se sostiene contra los utilitaristas que los hombres no fundamentan sobre lo útil, ni de derecho ni de hecho, el juicio acerca del valor moral de sus acciones.

3.5. El utilitarismo de James Mill

El pensamiento de James Mill (1773-1836) se halla vinculado con el utilitarismo de Bentham. Autor de un *Análisis de los fenómenos de la mente humana* (1829), de algunas de las voces más importantes 'de la *Encyclopedia Britannica* (por ejemplo: gobierno, jurisprudencia, leyes, prisiones), de una *Historia de las Indias británicas* (1818) y de un tratado de economía política, *Elementos de economía política* (1820), James Mill -padre de John Stuart Mill- fue muy amigo de Ricardo y se contó entre los colaboradores de Bentham. Desempeñó un alto cargo en la Compañía de las Indias, colaboró en la «Westminster Review»; muy comprometido en política, desarrolló una función de primer orden en la difusión del liberalismo en Inglaterra. Fue sobre todo mérito suyo

el que el positivismo no asumiese en Inglaterra los rasgos de una concepción autoritaria.

John Stuart Mill escribe en su *Autobiografía*: «Mi padre fue el primer inglés de gran valor que comprendió a la perfección y adoptó en su conjunto las concepciones generales de Bentham acerca de la ética, el Estado y la legislación [...]. En su concepción de la vida el carácter estoico se combinaba con el epicúreo y el cínico, no en el sentido moderno del término sino en el antiguo. El estoicismo predominaba en sus cualidades personales. Su modelo de moral era epicúreo, tanto por su utilitarismo como por haber asumido en calidad de criterio exclusivo de lo justo y de lo injusto la tendencia de las acciones a producir placer o dolor [...]. Consideraba que la vida humana era algo muy pobre, una vez perdida la frescura de la juventud y de la curiosidad insatisfecha [...]. En su escala de valores colocaba a gran altura el placer suscitado por los sentimientos de benevolencia [...]. Nunca modificó su juicio acerca de la superioridad de los gozos espirituales, en comparación con todos los demás, aunque sólo los consideró como placeres, con independencia de sus ventajas adicionales.»

James Mill defendió una teoría asociacionista de la mente y pretendió fundar una ciencia del espíritu que, de manera análoga a la ciencia de la naturaleza, poseyese un sólido fundamento en los hechos. y para James Mill, los hechos de la mente consisten en las sensaciones, de las que las ideas son una copia. La ley de la contigüidad en el espacio y en el tiempo es la que regula la vida de las sensaciones y de las ideas: si dos cosas han sido percibidas juntas, no es posible pensar una de ellas sin pensar al mismo tiempo la otra. La ley de la asociación también se aplica en el terreno de la moral. James

Mill escribe: «La idea de un placer excitará la idea de la acción que es causa de él; y cuando la idea existe, la acción debe venir a continuación.» El análisis de las ideas morales muestra que el paso desde una conducta egoísta hasta otra altruista se explica a través de la asociación. El altruismo surge por motivos egoístas, pero no impide que el altruismo posea un valor en sí mismo. La generosidad sigue siendo generosidad, la gratitud continúa siendo gratitud, y el altruismo, altruismo, aunque se lleguen a descubrir sus móviles últimos, de carácter egoísta.

Sucede lo mismo que con un rayo de luz -señala James Mill- que continúa siendo blanco para nosotros, aun después de que Newton lo haya descompuesto en los colores del arco iris. «¿Acaso -se pregunta- un móvil complejo deja de ser móvil, cuando se descubre que es complejo?» El influjo de los valores sociales y desinteresados hasta el sacrificio es un móvil real de las acciones; «es lo que es, Y no cambia por el hecho de que sea simple o compuesto». Esta es la manera en que James Mill trata de fundamentar el utilitarismo de Bentham, mediante un análisis de los fenómenos de la mente humana. Siempre mostró su convicción de que la política podía ser dominada a través de la razón, y su hijo nos narra que «profesaba el máximo desprecio por todo género de emociones pasionales y por todo aquello que se haya escrito o dicho con el propósito de exaltarlas. Las consideraba como una forma de locura. Para él lo intenso era una expresión habitual de desaprobación con menosprecio». Convencido de que la razón se hallaba en condiciones de dominar la política, James Mill, al igual que todos los radicales de aquella época, también estaba persuadido de la omnipotencia de la educación. Puso en práctica sus teorías a lo largo de la educación de su hijo, quien recuerda a este propósito: «Por lo

que, respecta a mi educación, no sé con exactitud si su severidad me produce más inconvenientes que ventajas, pero lo cierto es que no me impidió una infancia feliz.»

3.6. *John Stuart Mill: la crisis de los veinte años*

Los radicales ingleses -y sobre todo, Ricardo y Bentham- frecuentaban la casa de James Mill. En su *Autobiografía* John Stuart Mill cuenta «Yo escuchaba con interés y atención sus [de su padre] conversaciones con aquellas personas. El hecho de hallarme habitualmente presente en el gabinete de trabajo de mi padre me permitió conocer a su amigo más querido, David Ricardo, quien ejercía una fuerte atracción sobre los jóvenes, debido a su aspecto benévolo y a sus maneras corteses [...]. Veía con mucha más frecuencia a Bentham, dada la estrecha intimidad que existía entre él y mi padre.» Educado por su propio padre (resulta impresionante lo mucho que James hizo trabajar a su hijo), dentro de la atmósfera cultural inglesa del liberalismo, amigo del economista francés Jean-Baptiste Say (al que visitó en Francia), Influido por los escritos de Saint-Simon y de sus secuaces, más tarde lector y corresponsal de Comte (cuyas despóticas y autoritarias ideas rechazaba), John Stuart Mill (1806-1873) cuando en su juventud leyó a Bentham por primera vez en 1821, creyó estar en posesión de lo que suele llamarse la finalidad de la vida: «ser un reformador del mundo». Empero, «en determinado momento me desperté de este estado, como si fuese de un sueño. Ocurrió en el otoño de 1826. Me hallaba en un estado de depresión nerviosa, como a cualquiera puede acontecerle en alguna ocasión, y no experimentaba el menor interés por la alegría o por las excitaciones del placer: un estado de ánimo en el que parece insípido e indiferente [...] aquello que en otros momentos se había mostrado agradable. En una condición

espiritual de esta clase sucedió que me planteé directamente este interrogante: "Supón que se realizasen todos los objetivos de tu vida y que precisamente en este instante pudiesen efectuarse todos los cambios en las instituciones y en las opiniones que son propugnados por ti: ¿sería esto una gran alegría y felicidad para ti?" Y la voz irrefrenable de mi auto conciencia respondió de modo inequívoco: "¡No!" En ese momento creí que se me paraba el corazón. Se hundía todo el fundamento sobre el cual había edificado mi vida». La crisis espiritual de Mill no duró demasiado tiempo y salió de ella convencido de que «sólo son felices [...] aquellos que se marcan objetivos distintos de su felicidad personal: por ejemplo, la felicidad de los demás, el progreso de la humanidad, o incluso un arte o una ocupación que se pongan en práctica como fines ideales en sí mismos y no como medios. Aspirando de esta manera a otra cosa distinta, encuentran la felicidad a lo largo del camino. Los goces de la vida [...] son suficientes para convertirla a ésta en algo agradable cuando se les disfruta *en passant*, sin considerados como el principal objetivo».

Durante el resto de su vida -unido a Harriet Taylor por un delicado y profundo amor- Mill, dentro de la tradición empirista, asociacionista y utilitarista, trabajó con mucha intensidad para configurar un conjunto de teorías lógicas y ético-políticas, que marcaron con su propia impronta la segunda mitad del siglo XIX inglés y que aún constituyen un punto de referencia y una obligada etapa para el estudio de la lógica de la ciencia y para la reflexión en el ámbito ético y político. En efecto, el ensayo *Sobre la libertad* (1859), escrito en colaboración con su esposa, es un clásico de la defensa de los derechos de la persona, mientras que su *Sistema de lógica racionadora e inductiva* (1843) sigue siendo un clásico de la lógica inductiva.

3.7. Crítica a la teoría del silogismo

La lógica es la ciencia de la prueba, afirma Mill, y por lo tanto de la correcta inferencia de proposiciones, partiendo de otras proposiciones. Por ello el primer libro de la *Lógica* versa sobre los nombres y sobre las proposiciones: «Todas las respuestas a cualquier cuestión que se formule deben manifestarse a través de una proposición o aserción. Todo lo que pueda ser objeto de asentimiento, o también de disentimiento, debe asumir la forma de una proposición, si se expresa mediante palabras: Todas las verdades y todos los errores residen en las proposiciones.» Sin embargo, las argumentaciones son cadenas de proposiciones que deberían llevar a conclusiones verdaderas, si es que las premisas son verdaderas. Se ha considerado que el silogismo constituye una clase de argumentación válida. No obstante, en el capítulo 3 del libro 11 de la *Lógica*, Mill se pregunta cuál será el valor del silogismo. Examinemos el siguiente silogismo: «Todos los hombres son mortales; el duque de Wellington es hombre; por lo tanto, el duque de Wellington es mortal.» Aquí deducimos que «el duque de Wellington (que en época de Mill vivía con toda salud) es mortal», de la proposición «todos los hombres son mortales». ¿Cómo sabemos que todos los hombres son mortales? Lo sabemos porque hemos visto morir a Pablo, a Francisco, a María y a muchos otros, y porque otros nos han relatado la muerte de otras personas. En consecuencia, la verdad de la proposición «todos los hombres son mortales» la obtenemos gracias a la experiencia. Y ésta sólo nos permite observar casos individuales. Por ello la tesis fundamental de Mill sostiene que «toda inferencia pasa desde algo particular hasta otra cosa particular», en la medida en que la única justificación del «esto será» es el «esto fue». La proposición general es un expediente que sirve para conservar en el recuerdo

muchos hechos particulares. Para Mill todos nuestros conocimientos, todas las verdades, son de naturaleza empírica, incluyendo también las proposiciones de las ciencias deductivas, por ejemplo, la geometría. En efecto, «puesto que ni en la naturaleza ni en la mente humana existen objetos que se correspondan exactamente con las definiciones de la geometría [...] no podemos hacer otra cosa que considerar la geometría como una ciencia que se ocupa de las líneas, los ángulos y las figuras que existen realmente». Las proposiciones geométricas también son verdades experimentales, generalizaciones de la observación. Más en general: «las ciencias deductivas o demostrativas, en todos los casos, sin ninguna excepción, son ciencias inductivas y su evidencia es la de la experiencia».

En opinión de Mill, el silogismo es estéril, ya que no aumenta nuestro conocimiento: que el duque de Wellington sea mortal es una verdad que ya estaba incluida en la premisa según la cual *todos* los hombres son mortales. Sin embargo, aquí se complican las cosas. Si es cierto que todos nuestros conocimientos se obtienen mediante la observación y la experiencia, y si es verdad que la experiencia y la observación sobre la que debemos basarnos nos ofrecen siempre un limitado número de casos, ¿en qué condiciones podemos formular legítimamente proposiciones generales del tipo: todos los hombres son mortales, o las leyes universales de la ciencia? ¿Cómo cabe deducir que todos los hombres son mortales, del hecho de que hayan muerto Pedro, José o Tomás? Este es, en realidad, el difícil problema de la inducción. En el libro III de la *Lógica*, Mill afirma: «La inducción es aquella operación de la mente con la que inferimos que lo que sabemos que es verdad en uno o varios casos individuales, será verdad en todos los casos que se asemejen a los primeros, en ciertos aspectos determinables. En otras

palabras, la inducción es el proceso mediante el cual concluimos que lo que es verdadero de ciertos individuos de una clase, también lo es de toda la clase, o que lo que es verdadero en determinados momentos, será verdadero, en circunstancias similares, en todo momento.» La inducción, continúa Mill, puede definirse de forma sumaria «como una generalización de la experiencia. Consiste en inferir, a partir de algunos casos individuales en los que se observa que se verifica determinado fenómeno, que éste se lleva a cabo en todos los casos de una clase determinada, es decir, en todos aquellos que se asemejan a los precedentes, en lo que se toma como circunstancias esenciales».

3.8. *El principio de inducción: la uniformidad de la naturaleza*

Para distinguir las circunstancias esenciales de las no esenciales – es decir, con el fin «de elegir entre las circunstancias que preceden o que siguen a un fenómeno, aquellas con las que éste se halla en conexión a través de una ley invariable»- en el capítulo 8 del mismo libro III de la *Lógica* Mill propone lo que él califica como los cuatro métodos de la inducción: método de la concordancia, método de la diferencia, método de las variaciones concomitantes y método de los residuos. Sin embargo, la cuestión más acuciante es la del fundamento de las inferencias inductivas o inducción: ¿cuál es, en pocas palabras, la garantía que poseen todas nuestras inferencias a partir de la experiencia? En opinión de Mill, dicha garantía se halla en el principio según el cual «el curso de la naturaleza es uniforme»: éste es «el principio fundamental o axioma general de la inducción». Ha sido enunciado mediante fórmulas diversas: el universo está gobernado por leyes, el futuro se asemejará al pasado. Sin embargo, lo cierto es que «no inferimos el futuro de lo pasado en cuanto pasado y futuro, sino que inferimos lo desconocido de lo conocido, los hechos no observados de

los hechos observados, y lo que no pertenece a nuestra experiencia lo inferimos de aquello que hemos percibido o de lo que somos directamente conscientes. En tal afirmación se encuentra toda la región del futuro, pero también la parte más considerable, y con mucha diferencia, del presente y del pasado».

Por lo tanto, el principio de inducción (uniformidad de la naturaleza, o principio de causalidad) constituye el axioma general de las inferencias inductivas: es la premisa mayor última de todas las inducciones. ¿Cuál es, empero, el valor de tal principio? ¿Se trata de algo evidente a priori? No, responde Mill: «Lo cierto es que esta gran generalización se halla fundamentada en generalizaciones previas. Por su intermedio se descubrieron las leyes más obscuras de la naturaleza, pero las más obvias fueron probablemente entendidas y aceptadas como verdades generales antes de que nunca se hubiese oído hablar de aquélla.» En otras palabras, las generalidades más obvias que se descubrieron en un principio (el fuego quema, el agua moja, etc.) sugieren el principio de la uniformidad de la naturaleza. Dicho principio, una vez formulado, es colocado como fundamento de las generalizaciones inductivas; cuando se las descubre, éstas dan testimonio del principio de uniformidad, para el cual «es ley que todos los acontecimientos dependan de una ley»; «en todos los acontecimientos existe una combinación de objetos o de acontecimientos [...] cuyo acaecer se ve seguido siempre de dicho fenómeno».

Éstos son *per summa capita* algunos de los rasgos de fondo de la lógica inductiva de Mill. Sin ninguna duda suscita perplejidad. Algunos la han acusado de circularidad: el principio de inducción justifica las

inducciones particulares, y a su vez éstas fundamentarían el principio de inducción. Mill creyó solucionar tal objeción afirmando que sólo sería correcta en el caso de aplicar la doctrina tradicional del silogismo. Sin embargo, ésta no es válida: «Todos los hombres son mortales» no es la prueba de que sea verdad la proposición «el duque de Wellington es mortal», sino que nuestra previa experiencia de la mortalidad nos autoriza a inferir a la vez la verdad general y el hecho particular, con el mismo grado de seguridad en ambos casos. El criterio de la experiencia consiste según Mill en la experiencia: «Hay que consultar a la experiencia para aprender de ella en qué circunstancias son válidos los argumentos deducidos de la experiencia.»

En su época, de todas maneras, Mill tuvo que enfrentarse con William Whewell, un teórico de la ciencia, quien -rechazando las concepciones inductivistas de Mill- pensaba que las leyes y las teorías científicas no eran más que hipótesis inventadas por mentes humanas creativas, hipótesis que había que someter después a la prueba de los hechos.

3.9. *Las ciencias morales, la economía y la política*

El libro VI del *Sistema de lógica* se refiere a la lógica de las ciencias morales. Mill reafirma aquí la libertad del querer humano. Si conociésemos a fondo a una persona y si conociésemos todos los móviles que actúan sobre ella, dice Mill, podríamos predecir sus comportamientos con la misma certeza con la que prevemos cualquier comportamiento físico. Esta necesidad filosófica, empero, no se identifica con la fatalidad. La fatalidad es una coacción misteriosa, imposible de modificar. En cambio, la necesidad filosófica no prohíbe que, una vez la hayamos conocido, podamos actuar sobre la causa de

la acción misma, al igual que actuamos sobre las causas de los procesos naturales. Mill escribe: «Sabemos que en el caso de nuestras voliciones no existe esa misteriosa coacción. Sabemos que no nos vemos empujados, como por un mágico encantamiento, a obedecer a un motivo particular. Si deseamos dar prueba de que tenemos la fuerza suficiente para resistir a dicho motivo, sentimos que podemos logrado (tal deseo, resulta casi innecesario el mencionado, es un nuevo antecedente); y sería humillante para nuestro orgullo y, aún más importante, paralizaría *nuestro* deseo de perfección el pensar de otro modo.» Por eso entre la libertad del individuo y las ciencias de la naturaleza humana no existe ningún desacuerdo, y entre estas ciencias de la naturaleza humana Mill coloca en primer lugar la psicología, que «tiene por objeto las uniformidades de sucesión [...] según las cuales a cada estado mental le sucede otro distinto». A una ciencia particular «aún por crear», la etología (de ἦθος carácter) Mill asigna la tarea de estudiar la formación del carácter, con base en las leyes generales de la mente y el influjo de las circunstancias sobre el carácter. La etología es compleja, pero aún lo es más la ciencia social que estudia «al hombre en sociedad: las acciones de las masas colectivas de hombres y de los diversos fenómenos que constituyen la vida social».

En 1848 aparecen *Los principios de economía política*, en los que Mill representa los resultados que dicha ciencia había conseguido gracias a la obra de Smith, Malthus y Ricardo. Sin embargo, por lo que respecta a la distribución de la riqueza, considera que las leyes de la distribución dependen de la voluntad humana, y por lo tanto del derecho y de la costumbre. La distribución es «obra exclusiva del hombre» que «puede ponerla a disposición de quien quiera y en las condiciones que más le convenga». Por otro lado, en la política que hay que seguir para

mejorar las condiciones de los trabajadores, Mill rechaza la teoría que llama «de la dependencia y de la protección», según la cual «el destino de los pobres y todo lo que les concierne como clase, debería hallarse regulado en su propio interés, pero no por ellos mismos». Mill se muestra opuesto a dicha teoría por la razón de que «todas las clases privilegiadas y poderosas siempre se han servido de su poder en beneficio exclusivo de su propio egoísmo». Mill defiende la «teoría de la independencia», según la cual «el bienestar del pueblo debe provenir de la justicia y del autogobierno». No son las clases privilegiadas sino los trabajadores mismos quienes deben tomar las medidas necesarias para la mejora de su propia situación, mejora que hay que conseguir no a través de vías revolucionarias sino por medios pacíficos (por ejemplo, con la cooperación). La preocupación fundamental de Mill es conciliar la justicia social con la libertad del individuo. Esto es lo que impide que Mill se adhiera al socialismo: en su opinión, éste pone en peligro la libertad individual. En pocas palabras, para Mill los métodos de las reformas sociales y de los actos de gobierno hallan «en la existencia humana una plaza fuerte sagrada, en la que no debe entrometerse ninguna autoridad».

Las *Consideraciones sobre el gobierno representativo* se publican en 1861. Mill suscita en esta obra un problema muy interesante. Consiste en impedir que la clase *que* posee la mayoría «esté en condiciones de obligar a las demás clases a vivir al margen de la vida política, y de controlar el camino de la legislación y de la administración en interés exclusiva de ella». En realidad, no se excluye en absoluto el que una mayoría pueda gobernar de manera tiránica. El problema de fondo de la democracia representativa es el de «evitar este abuso sin sacrificar las ventajas características .del gobierno popular». Mill, a este

propósito, defiende «una democracia, representativa, en la que todos estén representados y no sólo la mayoría; en la que los intereses, las opiniones y las aspiraciones de la minoría siempre se vean escuchados y en la que tengan la posibilidad de obtener, gracias al peso de su reputación y a la solidez de sus principios, una influencia superior a su fuerza numérica; una democracia en la que se combinen la igualdad, la imparcialidad y el gobierno de todos para todos».

El *Utilitarismo* es del mismo año 1861. La idea central de esta obra de Mill es la misma que la de Bentham: «De acuerdo con el principio de la máxima felicidad, el fin último de todas las cosas y la razón por la cual todas las demás son deseables es una existencia exenta de dolores en el mayor grado posible y lo más rica en goces que sea posible.» Dicho de otra manera: «El credo que acepta como fundamento de la moral la utilidad o el principio de la máxima felicidad sostiene que las acciones son justas en la medida en que tienden a promover la felicidad, e injustas en cuanto tienden a producir lo contrario de la felicidad. Por felicidad se entiende placer y ausencia de pena.» Hasta aquí Mill está de acuerdo con Bentham.

Sin embargo, a diferencia de este último, afirma que no sólo se debe tener en cuenta la cantidad de placer, sino también su cualidad: «es preferible ser un Sócrates enfermo que un cerdo satisfecho.» Para saber «cuál es el más agudo de dos dolores o el más intenso de dos placeres, hemos de confiar al criterio general de cuantos tienen práctica en unos y en otros». En opinión de Mill, tampoco puede trazarse una línea divisoria entre la mayor felicidad del individuo y la felicidad en conjunto: la vida social misma es la que nos educa y arraiga sentimientos en nosotros.

Son de gran interés los ensayos póstumos de Mill *Sobre la religión* (1874). El orden del mundo da testimonio de la existencia de una inteligencia ordenadora. Sin embargo, esto no nos autoriza a decir que Dios haya creado la materia o que sea omnipotente u omnisciente. Como ocurre más tarde en William James, Dios no es el Todo absoluto; el hombre, además, es un colaborador de Dios en la tarea de otorgar un orden al mundo y de producir armonía y justicia. La fe, según Mill, es una esperanza que supera los límites de la experiencia. «¿Por qué no dejarnos guiar por la imaginación hacia una esperanza, aunque de su realización nunca se logre producir una razón probable?», se pregunta Mill.

3.10. *La defensa de la libertad del individuo*

El ensayo *Sobre la libertad* (1859) está dedicado a la libertad individual y es fruto de la colaboración del filósofo con su esposa. Este libro constituye, incluso en nuestros días, la defensa más lúcida y más rica en argumentos de la autonomía del individuo. Mill se hallaba plenamente convencido del libro, cuando escribía en su *Autobiografía* que dicha obra sobreviviría durante mucho más tiempo que cualquier otro de sus escritos (con la posible excepción de la *Lógica*). El núcleo teórico del libro consiste en reafirmar «la importancia que tiene, para el hombre y para la sociedad, una amplia variedad de caracteres y una completa libertad de la naturaleza humana para expandirse en direcciones innumerables y contrastantes». En opinión de Mill, no es suficiente con proteger la libertad ante el despotismo del gobierno, sino que es preciso protegerla también contra «la tiranía de la opinión y del sentimiento predominantes; contra la tendencia de la sociedad a imponer, por medios distintos a las penas civiles, sus propias ideas y

costumbres como reglas de conducta a quienes disientan de ellas [...]. Existe un límite a la interferencia legítima de la opinión colectiva en la independencia individual».

Mill defiende el derecho del individuo a vivir como le plazca: «Cada uno es un guardián total de su propia salud, tanto corporal como mental y espiritual.» Ello se debe a un motivo fundamental: el desarrollo social es una consecuencia del desarrollo de las más variadas iniciativas individuales. «Para que la naturaleza humana pueda manifestarse con fecundidad, es necesario que los diversos individuos estén en condiciones de desarrollar sus diferentes modos de vida.» La libertad de cada uno, sin duda, halla un límite en la libertad de los demás. El individuo está obligado a «no lesionar los intereses de otro o aquel determinado grupo de intereses que, por expresa disposición de la ley o por un consenso tácito, deben considerarse como derechos», y está obligado asimismo a «asumir su parte de responsabilidad y de sacrificios necesarios para la defensa de la sociedad y de sus miembros, contra todo daño o molestia». La libertad civil implica: a) libertad de pensamiento, de religión y de expresión; b) libertad de gustos, libertad de proyectar nuestra vida según nuestro carácter; c) libertad de asociación. En consecuencia, la concepción de Mill pretende que cada uno tenga el máximo posible de libertad, para que se dé el bienestar en todos. Mill concluye así su escrito: «El Estado, que pretende debilitar el valor de los individuos para convertirlos en instrumentos dóciles de sus proyectos (aunque se proponga fines buenos), caerá muy pronto en la cuenta de que no se pueden realizar grandes cosas con hombres pequeños y de que la perfección del mecanismo, a la cual sacrificó todo, acabará por no servirle para nada, precisamente por carecer de aquel espíritu vital que se dedicó a

envilecer, con objeto de facilitar los movimientos del mecanismo en sí mismo.» Como es natural, dichas ideas llevaron a Mill muy lejos de Comte: éste, en opinión de Mill, había propugnado un absolutismo despótico que resultaba aterrador. En el pequeño volumen *Augusto Comte y el positivismo* (1865) Mill separa «de lo malo lo que hay de bueno en las especulaciones de Comte».

Con el mismo espíritu que caracterizó a su libro sobre la libertad, Mill escribió en 1869 el ensayo *Sobre la servidumbre de las mujeres*. Se trata de una obra con elevada sensibilidad moral y una gran agudeza en el análisis de la sociedad. Desde hace siglos se considera que la mujer es inferior por naturaleza. Sin embargo, señala Mill, la naturaleza femenina es un hecho artificial, es un hecho histórico. Las mujeres quedan relegadas en exclusivo beneficio de los hombres o permanecen a cargo de la familia o incluso, como ocurría entonces en Inglaterra, en los talleres, y se dice no obstante más tarde que no poseen dotes que las hagan sobresalir en la ciencia o en las artes. Según Mill, el problema hay que solucionarlo a través de medidas políticas: hay que crear unas condiciones sociales de paridad entre hombre y mujer. Las ideas de Mill sobre la emancipación femenina hallaron muchos seguidores en Inglaterra, a finales de siglo, entre los miembros del movimiento feminista de las sufragistas. En 1919 se aprobó en Inglaterra el derecho al voto de las mujeres.

4. EL POSITIVISMO EVOLUCIONISTA DE HERBERT SPENCER.

4.1. *La religión y la ciencia son correlativas*

En 1859 Charles Darwin publica el *Origen de las especies*. Antes sin embargo, en 1852, Herbert Spencer (1820-1903) había publicado *La hipótesis del desarrollo*, en la que se adelanta una concepción evolucionista: en 1855 verá la luz *Los principios de psicología* en los que se desarrolla con amplitud la teoría evolucionista. En 1860 Spencer anuncia un proyecto de *Sistema de Filosofía*, que debía abarcar todo lo que pudiese saberse. De tal sistema fijó *Los primeros principios* en un volumen que apareció en 1862.

La teoría de la evolución se presenta ahí como una grandiosa metafísica del universo y da lugar a una concepción optimista del devenir, considerado como un progreso imparable. *Los primeros principios*, ya en su primer capítulo, afrontan la compleja y delicada cuestión de las relaciones entre religión y ciencia. Spencer muestra su acuerdo con William Hamilton (1788-1856), filósofo que había dado a conocer en Inglaterra la filosofía alemana del romanticismo y que tuvo como alumno e intérprete a Thomas Longueville Mansel (1820-1871). De conformidad con Hamilton, Spencer sostiene que la realidad última es incognoscible y que el universo es un misterio. Tanto la religión como la ciencia lo atestiguan, afirma Spencer. Toda teoría religiosa «es una teoría a priori del universo», y todas las religiones, prescindiendo de sus dogmas específicos, reconocen que «el mundo, con todo lo que contiene y todo lo que lo circunda, es un misterio que requiere explicación, y que la potencia de la cual el universo constituye una manifestación es por completo impenetrable». Por otro lado, en la investigación científica «por grande que sea el progreso realizado en la conexión de los hechos y la formulación de generalizaciones cada vez más amplias, por mucho que se haya adelantado en el proceso de reducir las verdades limitadas y derivadas a verdades más amplias y

más profundas, la verdad fundamental continúa siendo más inaccesible que nunca. La explicación de lo explicable únicamente muestra con la mayor claridad la inexplicabilidad de lo que permanece. Tanto en el mundo exterior como en el íntimo, el científico se ve rodeado por perpetuos cambios, cuyo fin y cuyo principio resultan imposibles de descubrir [...]. Mejor que nadie, el científico sabe con seguridad que nada puede conocerse en su última esencia». Los hechos se explican; y a su vez, se explican las explicaciones; pero siempre habrá una explicación que explicar: por esto, la realidad última es incognoscible y siempre lo continuará siendo.

Por lo tanto, las religiones atestiguan «el misterio que siempre exige una interpretación», y las ciencias remiten a un absoluto que nunca aprehenderán, ya que constituyen conocimientos relativos. Sin embargo, existe lo absoluto, o no podríamos hablar de conocimientos relativos: y por otro lado «podemos estar seguros de que las religiones - aunque ninguna sea verdadera- son todas ellas pálidas imágenes de una verdad». Por consiguiente, religión y ciencia son conciliables: ambas reconocen lo absoluto y lo incondicionado. La tarea de la religión consiste en mantener alerta el sentido del misterio, mientras que la función de la ciencia es extender cada vez más el conocimiento de lo relativo, sin llegar jamás a aprehender lo absoluto. Y si la religión se equivoca presentándose como conocimiento positivo de lo incognoscible, la ciencia yerra cuando pretende incluir lo incognoscible en el interior del conocimiento positivo. No obstante, dice Spencer, dichos contrastes están destinados a irse atenuando cada vez más con el paso del tiempo, y «cuando la ciencia quede convencida de que sus explicaciones sólo son aproximadas y relativas, y la religión se convenza de que el misterio que contempla es algo absoluto, entre

ambas reinará una paz permanente». En definitiva, para Spencer religión y ciencia son correlativas. Son «como el polo positivo y el polo negativo del pensamiento: no puede crecer en intensidad uno de ellos, sin que aumente la intensidad del otro». y si bien la religión tuvo «el gran mérito de haber vislumbrado desde el principio la verdad última y de no haber dejado jamás de insistir sobre ella», también es cierto - observa Spencer con agudeza- que fue la ciencia quien ayudó o forzó a la religión a purificarse de sus elementos irreligiosos, por ejemplo, los de carácter animista o mágico.

4.2. *La evolución del universo: de lo homogéneo a lo heterogéneo*

Hemos visto hasta ahora la noción que Spencer defiende acerca de la religión, de la ciencia y de la conciliabilidad entre ambas. ¿Cuál es el lugar y la función de la filosofía dentro del sistema de pensamiento spenceriano? En *Los primeros principios* se define la filosofía como «el conocimiento con el grado más elevado de generalidad». Las verdades científicas -dice Spencer- desarrollan, amplían y perfeccionan los conocimientos del sentido común. Sin embargo, las verdades científicas existen por separado, incluso cuando mediante un proceso continuado de unificación se reagrupan y se organizan lógicamente a partir de algún principio fundamental de la mecánica, la física molecular, etc. Pues bien, «las verdades de la filosofía poseen [...] con las más elevadas verdades de la ciencia la misma relación que cada una de éstas mantiene con las verdades científicas más humildes. Al igual que todas las amplias generalizaciones de la ciencia abarcan y consolidan las generalizaciones más restringidas de su propio sector, del mismo modo las generalizaciones de la filosofía abarcan y consolidan las amplias generalizaciones de la ciencia». La filosofía, por lo tanto, es la ciencia de los primeros principios, donde se lleva hasta su último

extremo el proceso de unificación del conocimiento. La filosofía «es un producto final de tal proceso, que comienza con una mera conexión de observaciones en bruto, continúa a través de la elaboración de proposiciones cada vez más amplias y separadas de los hechos particulares, y concluye con proposiciones universales. Para brindar una definición lo más sencilla y clara que sea posible, diremos: el conocimiento de grado ínfimo no está unificado; la ciencia es un conocimiento parcialmente unificado; la filosofía es un conocimiento completamente unificado».

Para lograr dicho objetivo, la filosofía ha de tomar como punto de partida los principios más vastos y más generales a los que haya llegado la ciencia. Según Spencer, tales principios son: la indestructibilidad de la materia, la continuidad del movimiento y la persistencia de la fuerza. Los principios de esta clase no son algo exclusivo de una sola ciencia, puesto que interesan a todas. Por otra parte, se unifican a través de un principio más general que en opinión de Spencer es el «de la redistribución continuada de la materia y del movimiento». En realidad, escribe, «no existe el reposo absoluto o la permanencia absoluta, y todos los objetos, así como el conjunto de todos los objetos, están sometidos en cada momento a alguna mutación de su estado». La ley de la evolución es la ley de este cambio perpetuo y generalizado.

Spencer introdujo por primera vez en 1857, en un artículo sobre el progreso, el término «evolución» dentro del lenguaje filosófico-científico. Dos años después Darwin hizo famoso dicho término a través de su libro sobre la evolución de las especies mediante la selección natural. Darwin se limitará a la evolución de los seres vivos, mientras que

Spencer habla de la evolución del universo. La primera característica de la evolución es que ésta consiste en un paso desde una forma menos coherente hasta una forma más coherente (por ejemplo: el sistema solar, surgido de una nebulosa). Su segunda y fundamental característica es que se trata de un paso desde lo homogéneo hasta lo heterogéneo. Este hecho -que los fenómenos biológicos sugieren a Spencer, ya que las plantas y los animales se desarrollan a través de una diferenciación entre tejidos y órganos diversos- se aplica al desarrollo de todos los ámbitos de la realidad, tanto en el lenguaje, por ejemplo, como en el arte. La tercera característica de la evolución es que constituye un paso desde lo indefinido hasta lo definido, como sucede en el avance desde ser una tribu salvaje hasta llegar a convertirse en un pueblo civilizado, con tareas y funciones claramente especificadas. Una vez determinados los rasgos propios de la evolución, Spencer brinda la siguiente definición recapituladora: «La evolución consiste en una integración de materia, acompañada por una dispersión de movimiento; en ella la materia pasa desde una homogeneidad indefinida e incoherente, hasta una heterogeneidad definida y coherente, mientras que el movimiento retenido está sometido a una transformación paralela.»

4.3. *Biología, ética y sociedad*

La evolución del universo constituye un proceso necesario. La homogeneidad -estado inestable- es el punto de partida de la evolución. Y «en todos los casos hallamos un avance hacia el equilibrio». Por lo que se refiere al hombre, «la evolución puede acabar [...] únicamente con el establecimiento de la perfección más grande y de la felicidad más completa». Es cierto que las condiciones de equilibrio pueden durar muy poco, desaparecer y destruirse; sin embargo, la condición de caos

y disolución no puede ser definitiva, ya que sirve de comienzo a un nuevo proceso de evolución. Por lo tanto el universo progresa y lo hace en dirección a un mejoramiento. En esto reside el optimismo característico del positivismo evolucionista de Spencer.

Spencer ofrece una visión metafísica del evolucionismo. No obstante, quiso también especificar su teoría en relación con distintos ámbitos concretos. Con respecto a la biología, Spencer sostiene que la vida consiste en la adaptación de los organismos al medio ambiente, que de forma continua a través de sus cambios les lanza un desafío. Los organismos responden a dicho desafío mediante una diferenciación de sus órganos. Spencer admite así el principio de Lamarck según el cual la función -es decir, el ejercicio prolongado de una reacción específica del ser vivo- antecede a la determinación de los órganos y la produce paulatinamente. Una vez que el ambiente ha actuado sobre el viviente, produciendo estructuras y órganos diferenciados, la selección natural -sobre la cual Spencer coincide con Darwin- favorece la supervivencia del más apto». A propósito de los más aptos, Spencer insiste sobre la transmisión y la acumulación hereditarias de los cambios orgánicos individuales. Con respecto a la cuestión de la procedencia de la vida orgánica desde la vida inorgánica, Spencer se muestra inclinado a considerar que la vida orgánica se inicia desde una masa indiferenciada que posee no obstante la capacidad de organizarse.

A diferencia de Comte, Spencer piensa que es posible la psicología, en cuanto ciencia autónoma. Su objetivo consiste en examinar las manifestaciones psíquicas desde los niveles más bajos (por ejemplo, los movimientos reflejos), para llegar después a sus formas más

evolucionadas en la creación de obras de arte o el trabajo investigador de los grandes científicos. Además, Spencer descubre en la conciencia humana ciertos elementos a priori, en el sentido de que son independientes de la experiencia individual y transitoria del sujeto humano. En este sentido, pues, Leibniz y Kant tenían razón. Sin embargo -y se trata de una cuestión de gran interés- Spencer señala que lo que es a priori para el individuo, es a posteriori para la especie, en el sentido de que determinados comportamientos intelectuales - uniformes y constantes- son producto de la experiencia acumulada por la especie a lo largo de su desarrollo y transmitida por herencia a través de la estructura orgánica del sistema nervioso.

A diferencia de Kant, a priori en este caso no significa «válido»: no se excluye que puedan estar equivocados y que puedan cambiar las experiencias y los esquemas fijados y heredados. También a diferencia de Comte, Spencer concibe una sociología orientada hacia la defensa del individuo. Tanto en *El hombre contra el Estado* (1884) como en *Estática social* (1850, reelaborada en 1892) y en los *Principios de sociología* (1876-1896), Spencer sostiene que la sociedad existe para los individuos y no a la inversa, y que el desarrollo de la sociedad se halla determinado por la realización de los sujetos particulares. Por consiguiente, Spencer mira con desconfianza la intervención del Estado, y en *El hombre contra el Estado* critica «el gran prejuicio de la época actual» que consiste en su opinión en el derecho divino del parlamento: Según Spencer, una auténtica concepción liberal debería negar la autoridad ilimitada del parlamento, al igual que el antiguo liberalismo negó el poder ilimitado del monarca. Por lo tanto, Spencer también es liberal. Sin embargo, a diferencia de los utilitaristas y de John Stuart Mill, se opone a quienes piensan cambiar el mundo o

acelerar el curso de la historia apelando a la voluntad y a las reformas. Ni siquiera la educación posee el poder suficiente para lograrlo. «Del mismo modo que no se puede abreviar la vida que transcurre entre la infancia y la madurez, evitando el aburrido proceso de crecimiento y desarrollo que se lleva a cabo de manera insensible mediante reducidos incrementos, tampoco es posible que las formas sociales más bajas se conviertan en más elevadas, sin pasar por pequeñas modificaciones sucesivas.» En consecuencia, Spencer manifiesta una actitud conservadora. Descubre en la sociedad un desarrollo gradual, que la ha llevado desde el régimen militar (en el que el poder del Estado domina a los individuos) hasta el régimen industrial (que se caracteriza por la actividad independiente de los individuos). Con respecto a la industrialización, Spencer considera que sus limitaciones consisten en el principio de lucro egoísta y en la poca importancia que atribuye a las actividades libres.

La ética de Spencer posee un carácter naturalista y biológico, que no siempre coincide con la ética utilitarista de Bentham y los dos Mill. Los principios éticos, las normas y las obligaciones morales son instrumentos que permiten una adaptación cada vez más adecuada del hombre a sus condiciones de vida. La evolución, al acumular y transmitir por herencia experiencias y esquemas de comportamiento, suministra al individuo a priori morales, que son a priori para el individuo, pero a posteriori para la especie. Al igual que algunos comportamientos esenciales para la supervivencia de la especie (proteger a la propia esposa, criar a los hijos, etc.) ya no tienen el carácter de obligación, lo mismo sucederá con los demás deberes morales, al ir avanzando la evolución: «Las acciones más elevadas,

exigidas por el armónico desarrollo de la vida, serán hechos tan comunes como lo son actualmente aquellas acciones inferiores a las que nos empuja el mero deseo.»